

## EXTRAÑAMIENTO DEL MUNDO

# EXTRAÑAMIENTO DEL MUNDO

Peter Sloterdijk

*Traducción y prólogo de  
Eduardo Gil Bera*

PRE-TEXTOS

## PRÓLOGO

## CONTRA LA ESCLEROSIS DEL PENSAMIENTO

Ἐπέων δὲ πολλὸς νομὸς ἔνφα καὶ ἐνφα

Homero, *Ilíada*, XX, 249

Vasto es el campo de las palabras, a un lado y otro.

Cuando el claustro de la nunca bien ponderada Pontificia y Real Universidad de Cervera determinó que era de la máxima urgencia que el centro sapiencial y, con él, el principado de Cataluña dispusiera de un santo propio, encargó al afilado ingenio del jesuita Conill la manufactura de una relación de la “heroica vida y ejemplares virtudes” del cancelario Francisco Queralt. En el valeroso y recio tomo, se informa de que el venerable sabio, entonces recién partido a la gloria, “opinava por lo comun segun las sentencias mas seguidas, y seguras, porque de esse modo se camina sin peligro de escollos, y de dar en enemigos nuevos; y desconocidos: no teniendo a bien notable novedad en discurrir”. Un siglo después, en el año en que moría Beethoven y se publicaba la edición definitiva de la *Enciclopedia* de Hegel, en España se disfrutaba de la Década Ominosa y la polarización entre los que propugnaban un régimen basado en los principios liberales del enci-

clopedismo francés y los que defendían la restauración de la sociedad estamental del Antiguo Régimen había llegado al máximo; en semejante trance, los profesores de Cervera, partidarios fervientes del absolutismo fernandino, estilizaron la máxima virtud del venerable Queralt en la célebre frase: “Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir”, que pasó a la posteridad barnizada como “Lejos de nosotros la funesta manía de pensar”.

Aquellos tiempos, se dirá, eran muy otros. ¿Lo eran? Claro que sí; hoy, lejos de temer la novedad, se le rinde culto obligado. Y si la novedad decreta que hay que pensar, pues se piensa... Ésta no es una época arredrada. Es más, no sólo se piensa lo que sea menester, sino que se salpimenta atrevidamente la seduda evacuación con las últimas tendencias de la moda. Don Quijote y sir Lancelot no querrían saber hoy de Dulcineas ni Ginebras, gigantes ni griales; se armarían catedráticos de algo y se pondrían a pensar a todo meter.

Novedad, divino tesoro, ni contigo ni sin ti. Un libro como éste de Peter Sloterdijk, sutil y poderoso, como irisado de inteligencias cambiantes, nos enriquece la perspectiva, acaso fuera más propio decir que nos la devuelve, hasta hacernos ver que aversión y veneración de la novedad son cara y reverso de la misma esclerosis del pensamiento.

No sería nada fácil hallar autores, entre los que han emprendido la aventura de pensar, con la capacidad que muestra Sloterdijk de cambiar de frente y enfoque, hacerse cómplice de cosmovisiones diversas y opuestas, o articular formas de pensar y sentir intempestivas. Sin duda ha de ayudar la circunstancia de estar libre de la superstición del sistema. Además, el rigor y el desenfado son como una aleación en su escritura; por cierto, cumple decir que es una aleación muy rara en una feria donde se mercadea lo plúmbeo como profundo y la logomaquia como sutileza.

Y, sin embargo, en cierto modo, este libro es un tratado de la tribulación. Pero un tratado laico. ¿En qué consiste eso? Un modelo religioso de tratadista de la tribulación, alguien como Rivadeneira, el jesuita toledano, presenta así la parda sombra de su tema: “¿Quién podrá contar cuántos géneros de enfermedad combaten y afligen al hombre? ¿Cuán agudos son los dolores? ¿Cuán terribles los tormentos? ¿Cuán varias y cuán mal entendidas de los médicos son las dolencias que cada día se descubren de nuevo? ¿Cuán penosos son sus remedios, y muchas veces más tristes que las mismas dolencias? ¿Qué diré del hambre y la sed? ¿Qué de los malos y pestilentes olores? ¿Qué de las palabras injuriosas y malas nuevas que oye? ¿Qué de lo que ve y no querría ver, no viendo lo que querría? ¿Qué de las pasiones turbulentas y olas tempestuosas que anegan el corazón? El amor ciego, el odio cruel, la alegría loca, la tristeza sin fundamento, el temor vano, las esperanzas engañosas, la ira furiosa, los antojos desvariados, los deseos insaciables y sin fin, los castillos en el aire, las trazas desbaratadas de subir y crecer, la memoria de lo que querríamos olvidar y el olvido de lo que nos querríamos acordar”. En efecto, de eso y más trata también este libro. Pero en el tiempo de Rivadeneira había una sola, sacra, cesárea, majestad, Felipe II en longanimidad circunferencial, y un solo Dios ubicuo, causa y fin insondable de toda tribulación. Hoy, en cambio, todo es más y es menos. Y un enfoque laico sabe de un aire donde queda una crítica de la razón religiosa aún sin formular hasta hoy. Por eso, laico quiere decir, también, capaz de peritar sin prejuicios las prestaciones religiosas y de valorar los encandilamientos y aversiones que suscitan, de Platón a Freud y de Sócrates a Nietzsche. Es muy de agradecer porque, de la Ilustración a esta parte, nos hemos malacostumbrado a un bordoneo anticlerical barato que guarda fanáticamente la simetría con el estilo discursivo de la clerigalla *rancunière*. El conocimiento cabal de lo re-

ligioso es, en definitiva, una parte del conocimiento laico. Son una serie de reflexiones que Sloterdijk articula sin dejar de estar a la altura de los grandes episodios de la historia de la conciencia y ejerciendo de cómplice filosófico y psicológico. Y, eso sí, no siempre venerando la ontología oficial de la institución “realidad”. La vía del sentimiento afín a las tendencias inexistenciales de la vida humana también se mantiene abierta.

Sloterdijk es el pensador que de manera más sugerente y profunda ha trabajado en los últimos años por un reencuentro provechoso de filosofía y psicología, separadas desde los tiempos de Kant, como tan jovial y agudamente se detalla en el capítulo VI de este volumen.

Es, en efecto, la jovialidad –contenida, como matiza el autor en su advertencia liminar– una de las características del saber expuesto en este libro. Porque hay que recordar que otros anuncios titulares de saber jovial preludian, más que otra cosa, vehemencia con tornasoles de exasperación.

Hablando de la heroicidad, no es la menos llamativa de sus reflexiones la que sostiene que, partiendo de la hipótesis de que los héroes representan los prototipos de subjetividad a ojos de la historia cultural, sus historias figuren en la prehistoria de toda vida, por prosaica que sea, que hoy dice: “yo”, y que también el Yo de héroes y profetas está originalmente emparentado con el de los hipocondríacos, siendo éstos unos atletas del estado de mal humor, héroes del sobresalto de sí mismos, combatientes reiterados de las perfidias vitales y vencedores de la muerte. Ahora se comprende por qué *El enfermo imaginario* es la sin par obra que es, inquietantemente susceptible de ser representada como tragedia o comedia, escrita en los postresos y más amargos días de Molière, entre desganas, vértigos, migrañas, manchas en la vista y explosiones de hemoptisis. Acechadores de extrasístoles, vigías del flato, para añadir al escarnio la afrenta, la divina Calliope se olvidó de vosotros.

La humanización, propone Sloterdijk, podría ser una suerte de huida hacia adelante, una salida que el animal sin salida se procura para llegar a la forma de vida aporética. Las historias que narran humanizaciones son, a ese respecto, muy ilustrativas. En la tragedia de Molière, el héroe que vuelve de una de sus victorias contra la muerte acaba por no disponer de otra salida para persistir en su humanidad sitiada por la enfermedad –y perseverar como humano puede ser cosa tan problemática, según se mire, como humanizarse– que vestir los manteos y calzarse el birrete de la sapiencia médica. El protagonista de un relato de humanización, Milo, el “ex-mono, en la actualidad artista y letrado” del que Hoffmann reproduce una carta dirigida a su novia Pipi, aún sin humanizar, detalla de manera sumamente reveladora la extraña huida hacia adelante que es hacerse humano. Merced a su capacidad de imitación, Milo ha conseguido frecuentar la sociedad de la gente más letrada y espiritual, donde es tomado por un discreto joven de la mejor educación. Con todo, una preocupación lo aflige y reconcome: aún no sabe hablar y, cuando lo haga, ¿de dónde sacará todas esas ideas que salen sin cesar de los labios humanos? ¿Cómo hará para conseguir alguna opinión sobre el arte y las ciencias, una de esas ideas que, sin duda, los hablantes humanos poseen, acaso adquirida en algún séptimo cielo? Milo llega a balbucir algún vocablo y abre su corazón simiesco a su maestro de estética. Éste se ríe: “Mi buen señor Milo ¿qué me dice usted? Aprenda usted a hablar, hablar y hablar; lo demás vendrá por sí. Hable usted *ex abundantia cordis, ab irato, in abstracto*, o como sea, pero hable, hable y hable, eso es todo. Usted mismo se asombrará al ver cómo las ideas le vendrán conforme vaya hablando, cómo surgirá en usted la ciencia y lo llevará a todas las profundidades sapienciales. Generalmente, no sabrá usted lo que está diciendo y eso es porque estará inflamado por el fuego de la inspiración. Siempre convendrá que

aprenda de memoria algunas expresiones que valen para todo. Hay que hablar mucho, por ejemplo, de la finalidad del arte, del ideal...”. “—Mi querida Pipi, ¡qué verdad más grande me dijo aquel hombre! ¡Qué presta acudió a mí la sabiduría a la vez que la palabra! He visto en el espejo cómo mi frente, arrugada de por sí, se pone elegantemente tersa cuando hablo del ideal, el arte o los poetas que no entiendo...” Un siglo más tarde, el relato kafkiano *Un informe para una academia*, que Sloterdijk sugiere considerar como una réplica a las verdades de la tragedia griega, recrea la aventura de la criatura de la huida hacia adelante, la de los vástagos de la metáfora.

Una de las ideas más lúcidas y fascinantes que depara este libro es la que alude al final del principio genealógico. Desde la “revolución neolítica” no hay, dice el autor, ningún gran acontecimiento que fuese comparable en alcance con el que está a punto de tener lugar ante nuestros ojos. En el neolítico, se impuso el autocerco del hombre que se ve forzado a la resistencia en un territorio, a partir de entonces, sacro y maldito. En la medida en que la vida humana se hace “autóctona”, cae bajo el terror de una nueva lógica. Prevalece la obsesión por el concepto de la genealogía, el parentesco y la propiedad. La inevitable consecuencia del temprano autocerco autóctono fue el encadenamiento del hombre a la galera del origen y la procedencia. Si se quisiera caracterizar la manera de ser de las sociedades tradicionales con un rasgo fundamental, éste se hallaría en la sumisión de toda palabra viva a la muerte: el testamento. Hoy, parece imponerse en la estructura más honda del proceso de la civilización que la humanidad actual, como mínimo en su fracción más altamente modernizada, deja tras de sí por completo la era universal dominada por el principio genealógico. Ya se entrevé el camino a una manera de ser sincrónica donde los extranjeros contemporáneos vivos sobre la tierra se vuelven más importantes unos para otros que

los propios antepasados muertos y, hasta ahora, prestadores de identidad.

No será plácido ni simple, pero el fin del principio genealógico puede estar ahí, a la vuelta de cualquier generación. Es una reflexión cautivante. Aunque la interpretación de lo que con ello vendrá es tarea reservada para inteligencias venideras que ya no estén a este lado del horizonte –que aquí sigue tormentoso–. No se trata de algo que haya empezado ahora, ni este siglo, ni siquiera con la Ilustración. Acaso los romanos encarnaron el primer ensayo serio de cultura avanzada en la que el pensamiento genealógico quedaba relegado. Desde que Tímeo de Tauromenio advirtió a los griegos, hace veinticuatro siglos, que dejaran de autocontemplarse y comenzaran a dar importancia a Roma, comienza un episodio capital en la historia del principio del fin del principio genealógico. Un siglo después, Polibio, el aqueo, es fácilmente aceptado en la clase alta romana y se convierte en el primer historiador moderno, alguien para quien el principio genealógico es un arcaísmo, en el seno de una sociedad de cultura helenizada pero con una idea del mundo más elástica y eficaz que la de los griegos. Naturalmente, el acendrado amor a la cadena del origen no iba a desaparecer sólo porque éstos o aquéllos fueran la potencia mundial. De hecho, el principio genealógico ha mostrado ser la fuerza más reticente y con más resuelta capacidad de travestismo de las que conforman la cosmovisión humana. Movimientos como la Revolución Francesa o la independencia de las Américas que, a primera vista, podían parecer dirigidos contra él, no fueron, ahora se ve, sino exacerbaciones del terco prejuicio. Y no hace falta ir a Jerusalén para verlo en acción, también se pueden hacer estudios de fanatismo comparado viendo cómo el principio genealógico vivifica cordialidades tan heteróclitas como la “unidad obrera” o la hinchada futbolera. La razón por la que las “identidades leves”, como las llamó Ita-

lo Calvino, se agravan y enconan, bajo disfraces chillones –y también grises– de purezas ideológicas y color local, está en la vivacidad omnímoda del principio genealógico. Pero, es verdad, puede ser que el principio del fin esté ya en el aire.

Hay, en efecto, indicios claros. No sólo que el mundo se haya achicado. También puede ser, como sugiere el autor, que estemos siendo testigos de las últimas generaciones de adultos cuya propia imagen está caracterizada por motivos estoicos. Hace poco, en un debate televisado, Sloterdijk mencionó la función masoquista que, hasta ahora, cumplía la formación. ¿Es que no habrá tal cosa en la *scienza nuova* de la ciudadanía del mundo? De momento, lo que hay en la maquinaria del entendimiento dominante del adulto actual es una fuerte dosis de esa teoría de la obediencia en la que, hasta hoy, sobrevive, entre otras plantas endémicas fataladictas, el principio genealógico, unas veces disfrazado y otras, con el traje de la poesía de Juan Ramón Jiménez.

Acaso aquellos fugitivos del mundo de los que habla el segundo capítulo de este libro también fueron oscuros luchadores contra el principio genealógico aunque cayeran víctimas del arma capital de éste: la palabra muerta y letal. Que el mundo sea *place of disaffection* era algo consabido antes de Eliot, incluso por quienes ya tenían vedado huir al desierto, como Teresa de Ávila, que recomendaba tener ermitas dentro de los jardines y huertos conventuales, pues el mundo ya era tan desabrido que se había puesto muy difícil apartarse de él.

El recorrido por la drogas y el inexplorado palenque psicológico que abarca el combate de la sobriedad contra la embriaguez a lo largo de la historia cultural son el tema de un capítulo donde Sloterdijk no pone al azar el ejemplo de un autor como Jünger como el de alguien versado en aquello que podría llamarse aventura espiritual a la hora de emprender tentativas de derribo de la ontología de la trivialidad.

Las reflexiones en torno a la droga arrojan luz sobre rincones ciertamente inéditos de la historia de la civilización y el pensamiento. Eso sucede cuando el autor desvela que la filosofía nació cuando los descendientes de los magos se establecieron en la polis y hubieron de acomodarse a las reglas de la intermediación y verborrea urbana, o cuando señala que, en el momento en que la extática quedó sometida a la retórica, se desarrolló una magia civil cuyos discípulos comenzaron a dedicarse a oficios en apariencia completamente desembriagados como políticos, psicólogos, oradores, educadores y juristas.

Incluso en la elección de sus fuentes, patentiza Sloterdijk su calidad de pensador con visión propia. La superstición en cuestión de nombradía no consiste tanto en que el nombre del autor sea algo que se sobrepone y presta a una obra una calidad mágico mercantil con su aura venerable incluida, sino más bien en que el resto de las obras puedan hacerse inestimables y hasta invisibles sólo por no ser de tal nombre. En el presente libro, la obra de Rank y Graber, que estaba, no ya en el ángulo oscuro del salón freudiano, sino en las tinieblas exteriores, es un punto de arranque de una reflexión fértil y sugerente sobre los orígenes del Yo. Hay una parte, la relativa a la *uterodicea*, que constituye la articulación filosófica, ontológica y psicológica de aquella meditación poéticamente arbitraria de Oteiza sobre el *cromlech* y el hueco en *Quosque tandem?*

Si, como dice Sloterdijk, la maldad de las personas felices es no saber nunca de qué hablan las menos felices y el ideal de la vida-polis consiste en que la libertad ciudadana es una función de la sabiduría ciudadana, este libro instruye y deleita invitando a adquirir la libertad de no incurrir en tales maldades y a cumplir el, hoy más que nunca, vigente deber de ser feliz.

Un modo efectivo de liberación es el señalar el caso particular, de manera que el mundo se convierte en un compendio de historias casuistas. A cada sujeto pensante le corresponde

así una discusión de su caso. Ese reparar en el casuismo, en el capítulo que pregunta si el mundo es negable, viene hoy muy a cuento. En Occidente, al menos desde los tiempos de Carneades y la Nueva Academia, hay un fluctuante resurgir del casuismo como contrapunto a rigideces morales. En la Francia de Luis XIV, los enemigos de la peligrosa novedad llamaban *chemin de velours* al casuismo del jesuita Escobar que era considerado modelo de inmoralidad. En cambio, autores como Bayle sostenían que el jesuita Sánchez, autor de *De Matrimonio*, conocía más rincones del alma humana que Rivet, el pastor protestante que sostuvo que “aquellas cosas terribles” estaban inventadas. Con la “reinención” del psicoanálisis, que Sloterdijk coteja con el cristianismo en unas páginas de singular despejo, asistimos a un nuevo giro de la inveterada controversia.

*¿Dónde estamos cuando escuchamos música?* es la pregunta que da título al capítulo donde el autor da un repaso a la “manía” de la metafísica panóptica. Recuérdese que la primera vez que Kant menciona “la crítica de la razón pura” lo hace en una carta a Herz, uno de aquellos profesores, como Lambert o Mendelssohn, a los que tenía intranquilos y sobresaltados con las atrevidas aboliciones y derribos que había llevado a cabo en su *Disertación de 1770*. En la carta anuncia el título de la célebre e implacable descripción de la razón humana que se propone redactar y añade: “... así se pone uno en estado de mirar siempre el objeto desde lados diferentes y de extender su horizonte desde la observación microscópica hasta la vista general, de modo que toma todos los puntos de vista concebibles, de los que cada uno verifica, a su vez, el juicio óptico del otro”. ¿Por qué no la llamó “crítica de la razón oftálmica”? Más aún cuando estaba especialmente motivado por el propósito de poner en su sitio al viejo oculista Platón y al más moderno oftalmólogo Malebranche, especialista éste en distinguir entre la “visión de Dios” y la “visión en Dios”.

La cuestión que Schopenhauer, en el capítulo LII de su obra capital, donde vindica la objetividad inmediata de la música, y Spencer en sus *Principios de Psicología*, cuando invita al lector a buscar el lado derecho o izquierdo de un sonido, hacían vagamente atisbar, es encarada aquí por Sloterdijk hasta sus consecuencias *inauditas*.

El título del último capítulo, *¿Cómo tocamos al sueño del mundo?*, es una alusión a uno de los fragmentos más enigmáticos de Heráclito. La humanización, la civilización, la cultura avanzada, las quiebras finitemporales y la postrera crisis de la mundanidad son jalones del recorrido que la capacidad humana para un peculiar estado de vigilia propio y común ha deparado a la especie, basándose en su realismo lujoso que consiste en no esperar menos de su inteligencia de lo que exige de ella. Sloterdijk señala esa capacidad y ese realismo como medios de tránsito a las apremiantes formas de los nuevos mundos hipercomplejos.

Por último, nada más que la invitación a la lectura de este libro. Un remedio muy saludable para el achaque más común: la esclerosis del pensamiento.

*E. Gil Bera*

También yo, amigo mío, tengo algo parecido a semejantes. También a mí me concierne lo que dijo Homero:  
“*No procedo de encinas ni rocas, sino de hombres...*”

Apología de Sócrates, 34 d

## PROEMIO

Si fuera posible que alguien se situara fuera del mundo,  
éste sería para él tan invisible como un punto inextenso.

Nicolás de Cusa, *De ludo globi*

Con el título *Extrañamiento del mundo* encabezo una serie de tentativas de hacer fecundo un viejo tema gnóstico para una teoría moderna del hombre. Las siguientes reflexiones son variaciones libres sobre las cuestiones que Thomas H. Macho y yo tratamos en el manual introductorio a la gnosis aparecido en 1991 bajo el título *Revolución global del alma*. Pueden los lectores estar persuadidos de que no se trata, allá ni aquí, de restauraciones teológicas o espirituales, sino del ensayo de una ontología histórica de los hechos humanos. Probablemente no sería fácil determinar si lo que se enumera en las siguientes páginas son los apéndices de una teoría de nada discretas –ensayo de sermón no parmenídeo del ser– o los asertos antropológicos sobre los hombres agitados –juegos cinéticos en torno al tema agustiniano de que nuestro corazón es inquieto–. Si tuviera que decir dónde se hacen más patentes los motivos del autor, señalaría tres pasajes en el presente libro: en el primer capítulo, las partes que tratan de los bloques

autoerráticos y del hombre entusiasta; en el quinto capítulo, la parte que comenta las respuestas gnósticas, brahmánicas y budistas a la cuestión de cómo vienen a parar los hombres al mundo; y, en el octavo capítulo, las meditaciones preliminares sobre estadios del estar en vela y sobre el protoc comunismo de la atención en sus metamorfosis a lo largo de la historia universal.

La hermosa expresión *extrañamiento del mundo*, que acaso suena un tanto demasiado castiza, denomina una postura tan original como inevitable de antiguas minorías y modernas mayorías respecto a una totalidad cuya amabilidad no supera sin tacha el test de la historia. Qué fácil era amar el mundo cuando se sabía poco de él. Qué fácil era ser mundano en una época en que el cosmos no era apenas mayor que la cabaña más grande –a lo sumo, el cielo estrellado sobre la ciudad–. Qué ajenos al mundo nos resultan hoy nuestros ancestros cosmófilos y mundanos a los contemporáneos del proveyto siglo xx, versados en la historia y el mundo. La era de las culturas avanzadas a la que volvemos los ojos se nos figura como el período en que comenzó un cada vez más litigioso proceso de divorcio entre el hombre y el mundo –una época de distanciamiento y disensión–. Se puede entender a los filósofos clásicos como abogados que, en el proceso entre hombre y mundo, se afanan por lograr diversas fórmulas de avenencia –también, en especial, con la ayuda de Dios, aquel tercero en discordia que se hizo retratar como origen primigenio y común de los otros dos–. Entretanto, la era metafísica parece agotada y, en lugar de los filósofos, han aparecido los psicoanalistas que interpretan el mundo como clínica y los hombres como pacientes providenciales. Con esto, las relaciones de las partes se ubican en un nuevo fundamento no armonioso, porque ¿quién tuvo jamás noticia de que los pacientes han de amar su clínica? Organizar la estancia tan agradable como sea posible y sólo por tanto tiempo como sea preciso –así reza el precepto del momento–.

Por cierto, en el horizonte de las nuevas relaciones, ya amenaza la evidencia de que las estancias clínicas pronto dejarán de financiarse al modo actual. Las siguientes indagaciones podrían interpretarse como un estudio pericial para la reforma estructural del modo de estancia mundana.

En su rasgo fundamental, el libro *Extrañamiento del mundo* no pertenece a la crítica de la cultura y, aún menos, a la filosofía moral. Su saber no es, ciertamente, triste; pero su jovialidad es contenida. Trata de una fenomenología del espíritu falto o apartado del mundo. Aquélla despliega, por decirlo así, un gran teatro del mundo bajo el aspecto del estar distante del escenario. Si el interés de estos estudios se describe como antropológico, eso sólo será correcto con una limitación: no son los hombres los héroes de la historia, sino los ritmos e ímpetus del surgimiento y fin del mundo en donde figuran hombres.

## ÍNDICE

PRÓLOGO	
CONTRA LA ESCLEROSIS DEL PENSAMIENTO .....	9
PROEMIO .....	23

*I ¿POR QUÉ ME TOCA A MÍ?*

*CONJETURAS SOBRE EL ANIMAL QUE TOPA CONSIGO, SE PROPONE LO GRANDE,  
A MENUDO NO AVANZA UN PASO Y, A VECES, ESTÁ HARTO DE TODO*

1. BLOQUES AUTOERRÁTICOS .....	27
2. EL PROPIO YO DETERMINADO, ELEGIDO, ENTUSIASMADO .....	37
3. EL CERCADO, EL FIRME, EL DEPRIMIDO PROPIO YO .....	56
4. EL INMERSO, EL INSPIRADO, EL PNEUMÁTICO PROPIO YO .....	69

*II ¿ADÓNDE VAN LOS MONJES?*

*SOBRE LA HUIDA DEL MUNDO DESDE LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA*

1. <i>METOKESIS</i> – CAMBIO DE MORADA DEL ALMA .....	87
2. EL PRINCIPIO-DESIERTO .....	92
3. LA DESVIACIÓN OCCIDENTAL.	
HUIDA DEL MUNDO HACIA ADELANTE .....	109

*III ¿PARA QUÉ DROGAS?*

*DE LA DIALÉCTICA DE HUIDA Y BÚSQUEDA DEL MUNDO*

1. HISTORIA DE LA CULTURA COMO HISTORIA DE LA ABSTINENCIA ..	123
2. DROGAS SANTAS .....	131
3. LA IRRUPCIÓN DE LAS ADICCIONES.	
DE LA FENOMENOLOGÍA DEL ESPÍRITU PROPENSO A LA ADICCIÓN ..	139
4. DE LA POSIBILIDAD HUMANA DE LA PRIVACIÓN .....	157

*IV ¿CÓMO SE DESCUBRIÓ EL “INSTINTO DE MUERTE”?  
DE UNA TEORÍA DE LA FINALIDAD DE LAS ALMAS EN ATENCIÓN  
PERMANENTE A SÓCRATES, JESÚS Y FREUD*

1. BUENAS NUEVAS Y SU PRECIO .....	163
2. MEMORIAS SOCRÁTICAS, O: LA CULTURA DEL METAFÍSICO DESEO DE MUERTE .....	169
3. <i>MORIAMUR IGITUR</i> DE LA CRÍTICA DE LA FINALIDAD DEL ALMA .....	177
4. ÚTERODICEA COMO DOCTRINA DE LAS POSTRIMERÍAS .....	189
5. LA PETICIÓN DE CRITÓN .....	199

*V ¿ES EL MUNDO NEGABLE?  
SOBRE EL ESPÍRITU DE INDIA Y LA GNÓSIS OCCIDENTAL*

1. CONCEPTOS CON LA PUNTA DEL DEDO .....	217
2. “EN ESTA VIDA”. TEORÍAS CRÍTICAS DEL NACIMIENTO .....	229
3. DE LA HERMENÉUTICA DEL IR A PARAR. SOBRE DOCTRINAS HINDÚES Y GNÓSTICAS DE OPRESIÓN Y LIBERACIÓN .....	237
4. ACOSMISMO .....	250

*VI ¿QUÉ QUIERE DECIR ASUMIRSE?  
ÉNSAYO SOBRE LA AFIRMACIÓN*

1. LA IDEA KANTIANA DEL USO DE RAZÓN ENTENDIDA COMO ASENTIMIENTO POSTERIOR AL PROPIO EXISTIR .....	259
2. ESTAR PRESENTE Y ESTAR AUSENTE EN ESCENAS ORIGINARIAS .....	268
3. ODIOS AL MUNDO Y VUELTA A EMPEZAR .....	277

VII ¿DÓNDE ESTAMOS, CUANDO ESCUCHAMOS MÚSICA?

A. Yendo y viniendo .....	285
B. En la percusión	
1. EL COGITO SONORO Y LA MÁCULA SORDA, O: .....	298
EL INTENTO DE DESCARTES DE PENSAR SIN SONIDO	
2. PERCUSIÓN, VIBRACIÓN, SUSPENSIÓN .....	306

VIII ¿CÓMO TOCAMOS AL SUEÑO DEL MUNDO?

CONJETURAS SOBRE EL DESPERTAR

1. CLARO DE BOSQUE, LUJO, ALERTA .....	320
2. ADHERIRSE A LO COLECTIVO: DE LA ONTOLOGÍA POLÍTICA DEL ESPACIO DE VIGILIA SEGÚN HERÁCLITO, ZARATHUSTRA E ISAÍAS ....	332
3. PAUSA DEL MUNDO .....	353
4. VELA GLOBAL EN LA ERA DE LA TIERRA ÚNICA: SCENZA NUOVA DE LA CIUDADANÍA DEL MUNDO .....	360

Esta edición de  
*EXTRAÑAMIENTO DEL MUNDO*  
de Peter Sloterdijk,  
se terminó de imprimir  
el día 1 de abril de 2026